



## Dossier: Historia de las emociones en la temprana Edad Moderna

### Presentación

**Agustín Méndez**

*Instituto de Historia Antigua, Medieval y Moderna -  
Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires /  
CONICET / Universidad Nacional de La Matanza*

*mendezagustin@live.com.ar*

*Fecha de recepción: 28/04/2026*

*Fecha de aprobación: 02/05/2026*

**i** Tienen historia las emociones? ¿Pueden los sentimientos ser abordados con las herramientas metodológicas de los historiadores? ¿Es fundamental considerar la dimensión afectiva de la existencia humana para comprender los procesos históricos? ¿Es posible acceder a la experiencia emocional de los actores sociales del pasado? Desde hace más de un siglo, numerosos historiadores han respondido, de un modo u otro, afirmativamente a estos interrogantes.

Las reseñas incluidas en el presente dossier, centradas exclusivamente en libros sobre la Edad Moderna (siglos XV al XVIII), representan una muestra del nivel de sofisticación y la amplitud de registro que la historia de las emociones ha alcanzado en el segundo cuarto del siglo XXI. Asimismo, reflejan el creciente interés que este campo ha suscitado tanto en América y Europa

como entre los reseñistas que han analizado las obras aquí ponderadas. Sin pretensión de exhaustividad historiográfica, este número de *Rey Desnudo* ofrece un recorrido por algunos de los hitos más relevantes en la evolución del marco teórico que aquí nos ocupa.

En las últimas tres décadas, disciplinas académicas como la Historia, la Filosofía, la Antropología, la Literatura, la Sociología, la Ciencia Política, la Psicología y las neurociencias —por mencionar solo algunas—, han prestado una atención creciente al estudio de las emociones en distintas partes del mundo. La organización de conferencias y congresos, la creación de revistas especializadas, la publicación de artículos y libros, así como la redacción de tesis de grado y posgrado, han respaldado la noción de un “giro emocional” o “giro afectivo”<sup>1</sup>. Incluso producciones audiovisuales dirigidas al consumo masivo, como la serie de televisión *Lie to Me* (Fox, 2009-2011) o las películas de la franquicia *Inside Out* (Pixar, 2015 y 2024), han contribuido a evidenciar que este interés ha trascendido los límites del ámbito académico, alcanzando también a individuos, grupos e instituciones ajenos a él.

Si centramos nuestra atención en la disciplina histórica, es posible identificar programas y redes de investigación —algunos aún vigentes y otros recientemente finalizados— dedicados al estudio de las emociones desde una perspectiva histórica en diversas instituciones. Entre ellas se encuentran *The Queen Mary Centre for the History of the Emotions* (Reino Unido), *The North American Chapter on the History of Emotions* (Estados Unidos), *Max Planck Institute for Human Development - Center for the History of Emotions* (Alemania), el *Centro de Ciencias Humanas y Sociales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas* (España), la *Université du Québec à Montréal* (Canadá) y el *Australian Research Council Centre of Excellence for the History of Emotions* (Australia). Más allá de los límites del llamado Norte Global, en Argentina y Brasil también han surgido espacios institucionales dedicados al análisis histórico de los afectos, como el *Núcleo de Estudios Sociales sobre la Intimidad, los Afectos y las Emociones* y el *Grupo de Pesquisa em Antropologia e Sociologia das Emoções*, respectivamente. Este interés creciente ha convertido a la historia de las emociones en uno de los campos más dinámicos de la historiografía desde el cambio de siglo hasta la actualidad.

---

1 Patricia Ticineto Clough, “Introduction”, en *The Affective Turn: Theorizing the Social*, ed. Patricia Ticineto Clough y Jean Halley (Durham: Duke University Press, 2007), ix y 1.

Aunque relativamente reciente, el llamado *giro emocional* tiene sus antecedentes más remotos hace más de un siglo, como se mencionó al inicio de esta presentación. En *El otoño de la Edad Media* (1919), Johan Huizinga describió el clima emocional que caracterizó la transición del Medioevo al Renacimiento durante los siglos XIV y XV<sup>2</sup>. En 1939, desde una perspectiva freudiana, Norbert Elias aludió al control y la represión emocional inherentes a lo que denominó “proceso de civilización” en Occidente durante el segundo milenio<sup>3</sup>. Por su parte, el francés Lucien Febvre, instaba a sus colegas a no perder de vista en sus análisis la importancia de las emociones para comprender la vida de los actores del pasado, así como también a pensar a la psicología humana como históricamente contingente, antes que como una serie de rasgos universales y constantes<sup>4</sup>. Sin embargo, estos aportes pioneros no inspiraron a las generaciones inmediatamente posteriores de historiadores a profundizar en dichos lineamientos. Intelectuales como Elias y Febvre produjeron sus trabajos en un momento de la historia occidental marcado por una explosión de emociones tanto privadas como públicas, cuya manifestación más evidente fue el ascenso de los gobiernos totalitarios en Europa, un proceso que ponía en cuestión el supuesto éxito del proceso civilizatorio al que ambos habían aludido en sus obras. El triunfo del racionalismo al finalizar la Segunda Guerra Mundial condujo a una creciente sospecha sobre las emociones y la emocionalidad, lo que se tradujo en su marginalización como objeto de estudio en las Humanidades y las Ciencias Sociales durante más de dos décadas<sup>5</sup>. Más allá de eso, y aunque con matices, las investigaciones de los historiadores mencionados presentaron coincidencias significativas: los agentes sociales del pasado —y especialmente los de la Edad Media— eran representados como carentes de frenos inhibitorios en materia emocional, lo que provocaba que los impulsos y las conductas fluyeran en y desde ellos sin control ni restricciones internas o externas.

A partir de la década de 1960, esta interpretación comenzó a ser cuestionada por las dos corrientes de pensamiento dominantes dentro de las Ciencias Sociales a mediados del siglo XX: el cognitivismo y el constructivismo. El enfoque cognitivo propuso que las emociones no eran

---

2 Johan Huizinga, *El otoño de la Edad Media* (Barcelona: Altaya, 1995 [1919]).

3 Norbert Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1987 [1939]).

4 Lucien Febvre, “La sensibilité et l’histoire: Comment reconstituer la vie affective d’autrefois?”, *Annales d’histoire sociale*, 3, no. 1/2 (enero-junio 1941): 5-20.

5 María Bjerg, “Una genealogía de la historia de las emociones”, *Quinto Sol*, 23, no. 1 (2019): 5.

pulsiones irracionales, ni descargas sin control que batallaban por ser liberadas, sino que eran el resultado de juicios y evaluaciones psicológicas individuales moldeadas por los objetivos y metas del sujeto<sup>6</sup>. La mayoría de los cognitivistas, además, sostenía la existencia de “emociones básicas” (felicidad, ira, miedo, desagrado, entre otras) comunes en todas las épocas y a todos los seres humanos. Para los constructivistas, en cambio, eran las sociedades las que daban forma, alentaban, restringían y, por lo tanto, “construían” tanto las emociones en sí mismas como su expresión, las cuales eran dependientes del lenguaje, las prácticas y las creencias colectivas. Cada sociedad, entonces, crea y recrea su experiencia sentimental, por lo que el concepto de “emociones básicas” fue descartado como herramienta analítica<sup>7</sup>.

Más recientemente, entre el ocaso del siglo XX y el amanecer del siglo XXI, el intento de sintetizar y superar la dicotomía entre cognitivismo y construccionismo dio lugar a interpretaciones innovadoras que terminarían por constituir las bases del giro afectivo en la Historia. Los grandes nombres asociados con el inicio de este paradigma (Peter Stearns, Carol Stearns, William Reddy y Barbara Rosenwein) subrayaron el carácter cultural de la definición y expresión de las emociones. Estas serían el resultado de juicios y evaluaciones, al igual que lo proponía la perspectiva cognitiva, pero dentro de un orden moral específico que prescribe ciertos valores y da forma a objetivos concretos, como abogaba el constructivismo<sup>8</sup>. Por tanto, de acuerdo con esta aproximación analítica, los sentimientos y su experimentación —por ejemplo, qué nos hace felices, qué nos genera miedo, ira o envidia, y cómo los expresamos— están profundamente vinculados con lo que los sujetos conocen en términos culturales y con lo que creen que es socialmente apropiado. Más que reacciones o respuestas, las emociones actúan en el mundo, modelan y son moldeadas por condiciones históricas objetivas y procesos transformativos de diverso alcance.

---

6 Andrew Ortony, Gerard Clore y Allan Collins, *The Cognitive Structure of Emotions* (Cambridge: Cambridge University Press, 2002 [1987]), 4.

7 Barbara Rosenwein, “Worrying About Emotions in History”, *American Historical Review*, 107 no. 3 (2002): 836-837.

8 Peter Stearns y Carol Stearns, “Emotionology: Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards”, *American Historical Review*, 90 no. 4 (1985): 813-836. William Reddy, *The Navigation of Feelings. A Framework for the History of Emotions* (Cambridge: Cambridge University Press, 2001). Barbara Rosenwein, *Emotional Communities in the Early Middle Ages* (Ítaca y Londres: Cornell University Press, 2005).

El ejercicio de integración que permitió el surgimiento del giro emocional en los estudios históricos facilitó la reflexión y problematización del carácter sociohistórico de las emociones, al mismo tiempo que desestimó una interpretación que las entendiera únicamente como manifestaciones físico-biológicas universales de nuestra especie a lo largo del espacio y el tiempo<sup>9</sup>. Puesto de otro modo, si bien los seres humanos nacemos con un repertorio emocional semejante provisto por nuestros genes, estos sólo proporcionan una suerte de “programa” básico que únicamente desarrolla su potencial a través de interacciones sociales<sup>10</sup>. Dado que las emociones no son exclusivas de los individuos, ni se limitan únicamente a aspectos biológicos, sino que actúan como mediadoras entre lo individual y lo social, pueden ser objeto de estudio por parte de disciplinas académicas más allá de la medicina, la biología o la psicología. Así, el historiador Rob Boddice ha señalado que es posible la existencia una “historia de las emociones” al menos por cuatro motivos: 1) las emociones cambian a lo largo del tiempo y, por lo tanto, pueden ser objeto de indagación histórica; 2) no son meros efectos de circunstancias históricas, sino causas activas de eventos que enriquecen las teorías historiográficas de la causalidad; 3) están en el centro de la historia del ser humano, considerado como una entidad biocultural, en tanto que su cuerpo y su mente existen en tiempos y espacios puntuales; 4) se encuentran en el centro de la historia de la moralidad, ya que es cada vez menos plausible que un reporte sobre las virtudes, la moral y la ética humana puedan prescindir de su contexto histórico en términos emocionales<sup>11</sup>.

El estudio de las emociones puede ayudarnos a los historiadores a descubrir las formas de interpretar el mundo, así como las concepciones fundamentales sobre la vida, la cultura y la personalidad desarrolladas por los actores sociales del pasado. Enfocarnos en sus emociones es un método que potencialmente puede colaborar para entender causas y efectos, o cómo y por qué determinados hechos y procesos ocurrieron. En otras palabras, a través del estudio de los afectos, los historiadores podemos acceder a áreas centrales de la cultura de hombres y mujeres del pasado. La incorporación de los sentimientos a los análisis históricos permite agregar nuevas

---

9 Lisa Feldman Barret, *How Emotions Are Made. The Secret Life of the Brain* (Boston y Nueva York: Houghton Mifflin Harcourt, 2017), ix-xv.

10 Daniel Gross, *The Secret History of Emotion: From Aristotle's Rhetoric to Modern Brain Science* (Chicago: Chicago University Press, 2007), 5.

11 Rob Boddice, *The History of Emotions* (Manchester: Manchester University Press, 2018), 2.

dimensiones a los estudios de género, la sexualidad, el cuerpo y el medio ambiente, pero también a la historia económica, social, intelectual o cultural, tanto de alcance nacional, como regional o global.

Las herramientas analíticas proporcionadas por la historia de las emociones pueden resultar útiles para analizar desde una perspectiva diferente varios de los procesos idiosincráticos de la Edad Moderna. Las profundas transformaciones sociales, económicas, políticas, religiosas e intelectuales generadas por el Humanismo y la Ilustración, el desarrollo de las relaciones de producción capitalistas, la expansión colonial europea en América y Asia, las reformas protestante y católica, la formación de los Estados modernos, las guerras de religión y la represión judicial de la brujería también tuvieron un impacto en la manera de entender y experimentar las emociones. El largo y traumático surgimiento del mundo moderno puede ser concebido, asimismo, como el origen de nuevas afectividades o estructuras sentimentales, que no solo convivieron con las de antaño, que comenzaban a disolverse, sino que compitieron entre sí por imponerse en los nuevos escenarios que se estaban configurando.

Los comentarios bibliográficos reunidos en este dossier dan cuenta de lo mencionado en el párrafo anterior. Tanto Yésica Gómez como Facundo Macías reseñaron libros que, aunque de modo diverso, estudian la brujería a partir del marco teórico de la historia de las emociones. Gómez analizó *Witchcraft, the Devil, and Emotions in Early Modern England*, de Charlotte-Rose Millar. En este trabajo, la historiadora australiana estudió más de sesenta panfletos sobre juicios y casos de brujería publicados a lo largo de todo el periodo en que dicho crimen fue perseguido legalmente en Inglaterra (1563-1735) con la intención de revelar el amplio rango de las experiencias afectivas que los acusados, y dentro de ellos especialmente las mujeres, vivieron desde las primeras sospechas en su contra hasta su materialización en los juicios, así como los diferentes modos en que dichas experiencias se vincularon con la permanente presencia e influencia del demonio. Por su parte, Facundo Macías dedicó su atención al libro de la historiadora inglesa Laura Kounine, *Imagining the Witch: Emotions, Gender, and Selfhood in Early Modern Germany*. Allí, la autora se enfoca específicamente en el ducado luterano de Württemberg, en el sudoeste del Sacro Imperio Romano Germánico, para demostrar que los juicios contra

personas acusadas por el delito de brujería constituyeron escenarios privilegiados para comprender la profunda relación existente entre emociones, género y configuración de identidades individuales. La consideración conjunta de estos tres ejes busca probar que, si bien la configuración de la identidad de los brujos era un proceso social, no se obturaba la posibilidad para que los individuos resistieran las presiones de acusadores, testigos y/o jueces para encasillarlos dentro de la etiqueta “brujos”.

Finalmente, el lector tendrá acceso al comentario de Gastón García sobre la obra colectiva *Sensibilità moderne. Storie di affetti, passioni e sensi (secoli XV-XVIII)*, editada por los italianos Alessandro Arcangeli y Tiziana Plebani. Este texto no sólo ofrece una breve pero efectiva introducción historiográfica y metodológica a la historia de las emociones por parte de Arcangeli, sino diferentes capítulos a cargo de una decena de especialistas que se abocaron al análisis de la dimensión afectiva de diferentes aspectos políticos, sociales, culturales y religiosos de la península itálica durante la modernidad temprana, a partir de fenómenos variados como la vida urbana, las fiestas y rituales, la música, la guerra, los tribunales inquisitoriales, la confesión auricular, la amistad masculina y la circulación de libros.